

Reseña



El agua y su historia, México y sus desafíos hacia el siglo XXI*

Enrique Canudas Sandoval**

Alejandro Tortolero ha demostrado una extraordinaria vocación por la investigación histórica, lo que lo ha llevado a ser un descubridor de nuevos y relevantes personajes históricos, de aquellos que se convierten en causas de los movimientos históricos, personajes determinantes en la evolución de nuestra sociedad.

Esta obra nos devela a uno de tales personajes, uno aparentemente intrascendente, fugaz e inasible como su naturaleza: el *agua*. Pero en la que podemos considerar su obra mayor, que tomó la forma de libro que publicó *Siglo XXI* y tituló "De la coa a la máquina de vapor", nos presentó y explicó la importancia que tiene la aplicación de la ciencia y la tecnología en la solución de problemas productivos y sociales. Ya desde entonces, estudiando los problemas de la producción agrícola en el Valle de México en las décadas de 1880 a 1910, investigando los problemas ligados al uso y propiedad de la tierra, se topó con ese otro personaje esencial, sin el cual la tierra no produce frutos, el agua. Analizando el uso y

IZTAPALAPA 50
enero-junio del 2001
pp. 487-496

* Tortolero V., Alejandro, *El agua y su historia, México y sus desafíos hacia el siglo XXI*, Siglo XXI editores, México, ISBN, 968-23-2217-0.

** Profesor investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

abuso que se hacía de ese elemento y factor fundamental. investigando las obras de irrigación o desecación de lagunas y lagos, descubrió y nos hizo descubrir, la importancia del agua, no sólo como elemento para la producción, sino como elemento de vida.

Nadie ignora hoy que del agua viene la vida y que el agua es vida. Es una verdad que se viene repitiendo desde la Grecia clásica y Tortolero nos la recuerda. En sus páginas nos hace conocer el milagroso manantial de vida y reflexión que ha suscitado el agua a lo largo del tiempo. Para los filósofos presocráticos, el agua era uno de los cuatro elementos vitales, creadores de todo lo existente; fue el agua la que enseñó a Heráclito el principio fundamental de la dialéctica: "que nadie puede bañarse dos veces en el agua de un mismo río", porque si hay algo que cambia y se transforma perpetuamente, son las aguas de río. Anaxágoras y Aristóteles reflexionaron y escribieron sobre ese elemento caprichoso, el agua baña también las páginas del Génesis bíblico y la Iliada y la Odisea de Homero transcurren en las aguas del mar Egeo. El agua, todos lo sabemos, cubre tres cuartas partes del planeta que habitamos, pero hubo de aguardar milenios antes de que la humanidad supiera, gracias a Lavoissier, que se compone de dos moléculas de hidrógeno por una de oxígeno. Todo eso circula en la obra de Tortolero.

"Que esta agua se retire y surja la tierra", ordenó el único libro mítico indígena mesoamericano, el Popol-Vuh, es-

crito precisamente en la región mexicana que más agua concentra, la maya-quiché. Y justo así, como ordenaron los profetas mayas, surgió la tierra desde el fondo de los mares primigenios. Ese es uno de los aciertos de Alejandro Tortolero que más debemos agradecer, el que su acuciosa e inteligente labor investigadora lo lleve y nos lleve, a desentrañar y explicar un problema en la barca analítica con que surca el largo tiempo. Porque para explicarnos la problemática del agua del México contemporáneo y del futuro nos conduce sobre la tersa superficie del agua hasta el Mictlan y el Tlalcoan de nuestros ancestros aztecas, paraíso a donde iban a parar los muertos sagrados, un sitio "pletórico de agua y riquezas vegetales".

Recordarnos la riqueza de los lagos de México tiene una función pedagógica científica fundamental: recordarnos una de las más grandes catástrofes ecológicas cometidas por la humanidad, en este caso, por los modernos mexicanos. Subrayar la tragedia del agua en el Valle de México, tiene como objetivo lanzar un grito de auxilio y de sobrevivencia de la especie humana, por ello escribe Tortolero:

La flora de los lagos... donde millones de animales pastan la flora... si el lago es poco profundo, y su área extendida, todo su volumen de agua estará en posibilidad de poblarse de plantas y algas, que a su vez podrán sustentar una amplia fauna acuática... y si se encuentran en latitudes tropicales, donde la insolación

es mayor... todavía mejor, tendremos uno de los ecosistemas más productivos del planeta. Estos factores ocurrieron de manera especialmente afortunada en la cuenca de México...

Donde la cadena alimenticia era variada y riquísima, porque desde microbios, larvas e insectos, pasando por peces, ajolotes y miles de otras especies mayores, abrevaban de los lagos su alimentación. Por ello, "los indígenas pudieron diseñar un complejo sistema de acequias, diques, albarradones, calzadas y acueductos, y lograron así el absoluto control hidráulico de la cuenca". Un control que implicaba una relación y un uso racional del agua, como los cultivos chinamperos que aseguraban cultivos de altísima productividad.

Si aceptamos que la cultura de un pueblo se mide, entre otras cosas, por la relación que mantiene con respecto a ese elemento que día a día se agota y extingue del planeta, podemos entonces afirmar de los aztecas lo que no podemos sostener con respecto a los mexicanos contemporáneos, aquellos manifestaron una conducta civilizada ante el agua que los rodeaba y acosaba, nosotros, con inexplicable conducta suicida, atacamos y destruimos el agua. En Venecia, nos dice Alejandro, se le cortaba la mano derecha, se le sacaba un ojo y se le confiscaban sus bienes a quien atentara de alguna manera contra el agua. La mayoría de los pueblos del Lejano Oriente tenían tal respeto por el agua que aquel que arrojara basura u

orinara en algún río era castigado cortándole la mano o castrándolo. Quizá, como sugiere Tortolero, el acto más destructivo de la tragedia empezó con la llegada de los españoles, porque "a raíz de la conquista hubo una destrucción ecológica sin paralelo: se quemaron bosques y otros ecosistemas... las tecnologías europeas eran más agresivas que las indígenas, y terminaron por transformar brutalmente la cuenca lacustre".

De manera que, con haber llamado la atención y haber hecho la historia de este elemento tan importante en la vida de toda sociedad, la obra de Tortolero es trascendente e importante. Pero debo agregar que a mí me resulta especialmente sugerente e ilustrativa porque, trabajando sobre otras regiones y problemas, yo también me he topado con ese manantial de vida que puede transformarse en violencia líquida. Yo procedo de un estado cuya mayor riqueza y problema es el agua. Es por ello que nuestro máximo poeta, el poeta de América, Carlos Pellicer, dejó como himno e identificación de Tabasco y los tabasqueños, los siguientes versos:

Aguas de Tabasco vengo,
aguas de tabasco voy,
de agua hermosa es mi abolengo,
y es por eso que aquí estoy,
contento con lo que tengo.

Tampoco hay que creer, por lo que llevo dicho, que Alejandro Tortolero sólo se ha ocupado de los aspectos poéticos,

míticos o filosóficos de su personaje; aunque son parte de la historia y de la explicación de la problemática del agua que no ha descuidado. El autor es un meticuloso ingeniero, matemático y geógrafo del agua, que ha tomado la densidad, la superficie, la profundidad y el índice pluviométrico de las distintas formas y cuerpos de agua. Lo mismo nos enseña la superficie y profundidad de los lagos de Chalco, Xochimilco, Texcoco y los otros que cubrían y embellecían el Valle de México, que la salinidad de sus aguas o los millones de kilómetros cúbicos que se evaporan de los océanos anualmente. Entonces, el agua es también una cuestión de medidas y cálculos precisos y Tortolero nos presenta todas las estadísticas necesarias para entender la problemática pasada y presente del agua y de la sociedad que la aprovecha o desperdicia.

Siendo tan necesaria a la vida de toda sociedad civilizada, puesto que sin ella no habría agricultura ni vida: el agua ha sido ahogada en una laguna de olvido. Pero Alejandro Tortolero ha venido a poner el dedo en la llaga para recordarnos la importancia de la historia del Agua. Hannay, un historiador norteamericano de principios del siglo xx, que escribió una biografía de Porfirio Díaz, descubrió uno de los dilemas del México moderno cuando escribió:

...siendo la tierra tan superabundante y en cambio el agua tan escasa, lo que parece debió haber suscitado litigios y conflictos no eran los títulos sobre la

tierra cuanto los derechos sobre el agua. La tierra se podía encontrar un poco por todas partes, el agua para irrigar se tenía que obtener a base de mucho trabajo, dinero e industria.

Como el gran maestro francés, forjador de escuela y de teoría, que fue Lucien Febvre, Tortolero nos enseña que no es de un estudio superficial y de segunda mano, sino de un estudio personal, minucioso y directo del medio, de sus diversos elementos, de donde puede brotar un progreso decisivo de los estudios de geografía histórica. El progreso científico no puede nacer de las intuiciones maravillosas de un genio, sino de esa otra tarea genial del ser humano: la larga, sistemática y paciente investigación colectiva. Es justo lo que ha hecho Tortolero, recoger lo que sabemos de la relación entre el agua y nuestra sociedad, para destilarlo en el análisis histórico. La tarea a la que invitaba Febvre a sus alumnos, es la que Tortolero tomó en sus manos; "captar y subrayar, en cada instante del tiempo, las relaciones complejas que desarrollan las sociedades humanas, actores y creadores de la historia, con la naturaleza orgánica e inorgánica, con los múltiples factores del medio físico y biológico", en este caso, con el agua, especialmente, la relación entre el hombre y el agua en el Valle de México.

No se trata de sostener determinismo alguno. No se trata —insistió Febvre— de repetir perogrulladas sobre la influencia del clima o de la geografía sobre

las sociedades humanas, puesto que no son influencias sino relaciones entre ambas realidades, acciones y reacciones perpetuas. Esa acción continua del hombre sobre su medio y viceversa, constituye la mejor evidencia de que él mismo es geografía o, si prefieren, la parte más activa y determinante de la geografía. Tortolero nos muestra esa relación siempre cambiante, eminentemente dialéctica, entre medio natural y una determinada sociedad en su evolución histórica.

Si reflexionamos sobre los índices pluviométricos o el agua que escurre o contiene el territorio mexicano, entonces, aparece el cruel rostro de Tlaloc: el México seco dominando al húmedo. Podría parecer una falacia afirmar, como hace un geógrafo, que:

...la sequedad de la atmósfera es el fenómeno predominante del clima de la mayor parte de la República, pues si exceptuamos las costas... la atmósfera del resto del país apenas tiene el agua suficiente para sostener una vegetación raquílica... Esta falta de lluvias en la mayor parte del territorio mexicano, tiene por consecuencia la sequedad del suelo.

Todo lo contrario ocurre en la región caliente y húmeda del bosque tropical, que "...se encuentra siempre en la parte baja de la costa, regada por riachuelos o por ríos caudalosos que, cerca de su término, inundan los terrenos, formando inmensos pantanos... la humedad con frecuencia llega al punto de satura-

ción y la vida vegetal se manifiesta en todo su esplendor". El mejor ejemplo de esta última región es el gran delta de Tabasco, donde existe más agua que tierra y los helechos y lirios disputan la superficie a la albuferas, pantanos y lagunas; diferente a la otra subregión húmeda y caliente, la de Córdoba, Jalapa y Orizaba, donde dominan el café, el arroz y la caña.

Cualquiera que analizara el problema de los recursos acuíferos del país tenía que concluir que, así como la naturaleza había sido pródiga en escriturar una "fabulosa" riqueza mineral a los mexicanos, había sido avara en cuanto a ese otro elemento esencial; el agua.

El problema esencial entre nosotros —señaló el ministro de fomento en 1897—, de cuya solución depende en gran parte el progreso de la agricultura nacional; es sin disputa el de suministrar a la más importante de nuestras fuentes de riqueza y trabajo, el más esencial de sus elementos de existencia y prosperidad, el agua.

Tal era la dramática y primera evidencia para los hombres del siglo XIX: el territorio nacional carecía de irrigación natural. Parte de la explicación de esta grave carencia era la "estructura piramidal" del territorio, que "se levanta bruscamente desde las costas hasta más de tres mil metros de altitud habitable", que hacía que las aguas escurrieran rápidamente hacia las costas, las aguas de las lluvias "...se precipitan por

los bruscos desniveles del terreno, pasan por los campos y por los cauces de los torrentes con rapidez extrema y van a perderse en los mares, dejando tras sí una sequía deplorable y ruïnosa y en algunas partes una aridez improductiva y casi permanente", la carencia de agua era, *no un obstáculo serio, sino una muralla insuperable para la agricultura nacional*. Por ello, el Estado y sus dirigentes, cobraron conciencia de la necesidad de regar y emprendieron obras de irrigación impresionantes para la época y sus recursos monetarios y técnicos.

Porque como bien recuerda Tortolero, el agua no es siempre un remanso dulce y cristalino, tiene también un lado oscuro y peligroso. Reglones arriba afirmé que procedo de un estado donde hay más agua que tierra. En Tabasco, la gran calamidad, el enemigo del progreso humano era esa otra cara acuática, en el agua estancada se reproducía un animal dañino y nocivo: el mosquito que transmite la malaria, el paludismo o el dengue hemorrágico; del agua provenían también enfermedades como el cólera, la disentería y la diarrea; pero la cara más amarga del agua era el gesto violento y destructor que traía cuando bajaba iracunda de la sierra de Chiapas y en la planicie tabasqueña se transformaba en inundaciones periódicas que acababan con vidas y bienes; 1910 y 1954 fueron años de calamidad para Tabasco, las aguas impetuosas de los ríos cobraron decenas de miles de vidas humanas y animales, acabaron con las sementeras y las plantaciones de

plátano y cacao. Pero ellas fueron sólo dos eslabones de una larga cadena de desgracias provocadas por esas aguas de Tabasco que cantó Pellicer.

El agua era también uno de los peores enemigos de la minería mexicana, fuera porque abundara o porque faltara del todo, tan terrible un flagelo como el otro. Desaguar fue durante siglos la tarea más costosa y difícil de toda negociación minera. Taladrar la roca era relativamente más fácil que sacar el agua del fondo de las minas. El 2° Conde de Regla, hijo del afortunado y célebre Pedro Romero de Terreros, gastó \$250,000 anuales y el esfuerzo de 28 malacates de energía animal —400 animales accionaban los malacates— para desaguar sus minas, pero sólo obtuvo un rotundo fracaso. Si el exceso de agua en socavones y tiros fue uno de los más delicados problemas de la industria minera mexicana hasta el siglo XIX, en otras regiones del país el problema era el inverso, la falta total de agua que impidió durante siglos la explotación de algunos de los más ricos yacimientos mineros. La minería de "placeres", en cambio, se realiza dentro del agua: para coger el oro —relató Juan Díaz, un soldado en la expedición de Grijalva— "se metían al fondo del agua y sacaban las manos llenas de arena, para buscar luego en ella los granos, los que se guardaban en la boca".

Cabe señalar que, aunque Alejandro Tortolero no lo plantea en los siguientes términos, las catástrofes ecológicas a las que él se refiere y de las que estamos

hablando coinciden en el tiempo con el nacimiento y expansión de un sistema económico que es un voraz e irracional consumidor de materias primas y recursos naturales no renovables: el capitalismo, del cual neoliberalismo actual no es sino una versión corregida y aumentada. Porque la minería de metales preciosos, tan necesarios para la economía europea de los siglos XVI al XIX, fue causante de otra tragedia ecológica tan pavorosa como la que nos ha mostrado Tortolero, la del proceso de desertificación del territorio mexicano, los bosques se extinguieron y los desiertos crecieron en la misma proporción. La minería fue una gran consumidora de madera, leña y carbón vegetal para todas sus operaciones; en los tiempos que transcurren entre el gran descubrimiento del siglo XVI y fines del XIX, los bosques originales que rodeaban las sierras de Pachuca, Guanajuato, Taxco y la mayoría de los distritos mineros de importancia, desaparecieron para siempre, transformando la delicada capa vegetal y los suelos de tales regiones en roca dura, no apta para ningún cultivo. Porque una vez talado el bosque, la débil capa de tierra que cubre cerros y montañas se deslava al primer aguacero; luego, la falta de árboles provoca a su vez que el agua se aleje de tales parajes, cerrando así el ciclo fatal de los desiertos del planeta.

El siglo XIX acuñó la idea de que del agua provenían las más mortíferas enfermedades. Por esta última razón, que hubiera sido suficiente para justificar

sus acciones, y por las anteriormente señaladas, los gobiernos del siglo lanzaron la cruzada final contra las aguas que saturaban el Valle de México. El mexicano ilustrado del siglo XIX, para mostrar su poder sobre las aguas, decidió no sólo controlarlas y someterlas, sino extinguirlas. “El agua de los lagos —dice Tortolero, parafraseando a Humboldt—, sólo era vista como un enemigo del cual había que defenderse”. Así nació la ofensiva final contra el rico y poderoso sistema hidráulico del Valle de México; “...se trataba de sacar los máximos frutos de la tierra y para ello la desaparición de los lagos era una premisa”.

Una y otra vez el mexicano arremetió ferozmente contra esos molinos de agua. Lo mismo con el desagüe del tajo de Nochistongo, que con el de Huehuetoca. En 1856 el de Huehuetoca escupió sobre parte de ese desierto que acabo de mencionar, el agua del valle que ahora falta en la ciudad de México, pero ni siquiera ese baño logró revertir el proceso de desertificación de la región. Los llanos de Apam, famosos por la calidad de sus pulques y su ganadería de lidia, continuaron agonizando ante la mirada indiferente de todos.

De manera que el agua es veleidosa; si falta mata y si sobra ahoga. Desde nuestra más remota antigüedad, el agricultor del altiplano asiste angustiado al drama anual de ver caer el agua en la época de lluvias, y a su impotencia para captarla y utilizarla productivamente. Tanto en la Mesa Central como

en el árido septentrión, cuando la lluvia faltaba o el régimen pluvial se alteraba:

...como ha pasado en estos últimos años en la mayor parte del país (se refería el ministro de fomento a los fatídicos años de 1893-1986), las cosechas se pierden, los ganados perecen como asolados por alguna epidemia y llueven sobre el agricultor todo género de calamidades que se hacen extensivas al comercio y a la industria.

Fue después de esa crítica coyuntura cuando el Estado mexicano prestó atención a la cuestión del agua y la irrigación; la experiencia histórica dejaba una nítida lección: era una cuestión capital establecer mecanismos para captar el agua, canalizarla y aprovecharla productivamente; pero era también una cuestión que rebasaba las posibilidades privadas. Los terratenientes (salvo dos o tres excepciones) no contaban con "el numerario suficiente"; ni siquiera el crédito bancario privado podía atender tan imperiosa necesidad; era una cuestión de Estado y el gobierno llegó a la conclusión de que el agua era un problema público y no privado. "Para que la agricultura, y no sólo algunos agricultores se beneficien con las obras hidráulicas que con tanto imperio reclama la necesidad, es forzoso que esas obras revistan un carácter de extensión y de amplitud capaces de llevar sus beneficios a comarcas enteras y de operar sobre masas fluidas de mucha consideración, es decir, sobre aguas públicas y no privadas".

Algunos de esos pocos empresarios capitalistas que acometieron privada-

mente la desecación del lago de Chalco, fueron los hermanos Noriega, quienes se encargaron, nos dice Tortolero, de "transformar el sistema hidrológico de los ríos que descendían de la Sierra Nevada... El lago de Chalco ocupaba una superficie cercana a las diez mil hectáreas" y contenían cientos de millones de metros cúbicos de agua. Los Noriega, para desgracia de Chalco y de sus habitantes actuales (baste recordar la reciente inundación de parte de Chalco con aguas negras), alegaron sus títulos de propiedad privada sobre la Hacienda de Xico, y por lo tanto, de todo el lago de Chalco, para emprender sus obras de desecación. Entonces nadie se planteó, como lo haría el artículo 27 de la Constitución de 1917, que las aguas, como las tierras y litorales, pertenecen originariamente a la Nación, quien tiene en todo tiempo el derecho de expropiarlas por necesidades de interés público; por el contrario, los Noriega fueron saludados como benefactores de la civilización y con modernas y eficaces obras de ingeniería sometieron las aguas y protegieron su negociación de las inundaciones. "mientras dejaban escurrir hacia los pueblos el agua que rebasaba los canales". "Con esto -apunta Tortolero-, se cierra un ciclo marcado por la destrucción de los cuerpos de agua que habían dado al Valle de México un paisaje y una identidad", vida y personalidad, alegría y belleza.

El gobierno mexicano de la época no titubeó en su política de concesiones privadas de un elemento tan público y colectivo como el agua Deslumbrado

por el progreso de la civilización capitalista, estaba convencido de que la desecación de los lagos redundaría en la apertura de nuevas y ricas tierras al cultivo y en "abundantes cosechas". Como la relación entre sociedad y medio natural es histórica, es decir, depende de la tecnología con que cuenta para emprender ciertas obras, la moderna tecnología de principios del siglo XX facilitó el triunfo del hombre sobre el agua. "Con estas justificaciones —apunta Tortolero—: empleo, higiene y productividad, los empresarios construyeron 203 kilómetros de canales... Así se terminaba una relación milenaria de los hombres de la región con sus lagos". La desecación de los cuerpos de agua que cubrían la mayor parte del Valle de México fue un éxito de la ingeniería moderna. Junto con el agua, pescados y pescadores, aves y cazadores, tierra, chinampas y agricultores, en fin, todo un sistema ecológico de los más ricos y variados del planeta, se extinguió (todo indica que para siempre), dando paso a las fábricas y sus desechos contaminantes y a la contaminación general de atmósfera y espacio.

Entonces, a principios del siglo XX, esta tragedia ecológica se consideró un gran triunfo del hombre sobre la naturaleza. Las aguas fétidas y miasmáticas de lagos y lagunas habían sido derrotadas. También las aguas de los ríos de Morelos habían sido concentradas por los mismos que habían concentrado las tierras: "en 15 años los hacendados habían duplicado los litros por segundo"

para su usufructo; los otros usuarios, los pueblos y campesinos despojados, reaccionaron violentamente.

Lo más grave de la destrucción de los sistemas hidráulicos y de conducta tan irracional con respecto al agua, fueron las consecuencias de largo plazo. En el transcurso de unas décadas se pudieron constatar las consecuencias del poder destructor del hombre sobre la naturaleza, consecuencias como la destrucción de paisajes naturales, la contaminación y la creciente necesidad de agua para las ciudades, incluida la de México, cuya población empezó a crecer a las más altas fases del planeta para la década 1940-1950, apenas entonces, se empezó a cobrar conciencia del Apocalipsis que se avecinaba.

Deseo agradecer a Alejandro Tortolero su trabajo de investigador, la facilidad de su palabra y el habernos enseñado a entender la importancia del agua; también deseo agradecer su optimismo final, que "revela una enorme fe en que la acción del hombre" puede devolver la vida a las tierras erosionadas y aun a los lagos. Su fe en el hombre y sus técnicas, proviene de que la relación entre seres humanos y medio natural es interdependiente y cambiante, proviene de las políticas de recuperación (donde yo no veo sino fracaso y propaganda demagógica) que se han implementado para la recuperación de los lagos de Xochimilco, Texcoco y Chapala. Su optimismo proviene también de las cifras que maneja: la disponibilidad de agua de cada mexicano "es casi del doble del

nivel mundial, pero el mayor problema es la distribución de esta agua". Es optimista, aunque sabe que del "total de la superficie cultivada en el país, 70% es de temporal y 30% de riego"; es optimista porque sostiene que nuestro "país ocupa el octavo lugar en el ámbito mundial en agricultura de riego"; es optimista aunque sabe que "el país es un gran importador de alimentos"; es optimista aunque reconoce que 14 millones de mexicanos no cuentan con servicios de agua potable y que 30 millones no tienen acceso a sistemas de drenaje 43 millones, además, viven con menos de un dólar diario. Es optimista a pesar de que critica "los modelos de desarrollo que generan grandes desigualdades sociales y soslayan los costos ecológicos"; es optimista aunque nos ha hecho asistir al sepelio de bosques, lagos, venados, aves, tigrillos, gatos monteses y

conejos; porque hacia 1994, afirma, se habían perdido cerca del 80% de los bosques, 99% de los lagos y 71% de estos suelos boscosos se encontraban en estado avanzado de degradación. Es optimista porque tiene fe en las personas y en su capacidad para cambiar su relación con la naturaleza y revertir el mal en bien. Pero yo, hombre de poca fe en sus congéneres y en los sistemas que ha inventado, constato que este ser humano orgulloso y ambicioso, que ha inventado Dioses a su imagen y semejanza, tiene una irrefrenable e inconsciente tendencia a la destrucción colectiva; este hombrecillo que ha llegado incluso a embotellar el agua, que pronto hará lo mismo con el poco oxígeno que nos va quedando, con tal de satisfacer el apetito insaciable de ganancias, nos puede continuar inmolerando en el hocico del gran Molloch.